

LA MEDICINA DE TLATTELLOCO Y FRAY
BERNARDINO DE SAHAGUN*

DR. F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO*

“Esta relación arriba puesta de las yerbas medicinales y de las otras cosas medicinales arriba contenidas dieron los médicos de Tlatluelco Santiago, viejos y muy experimentados en las cosas de la medicina y que todos ellos curan públicamente, los nombres de los cuales y del escribano que lo escribió se figuran. Y porque no saben escribir rogaron al escribano que pusiesen sus nombres. Gaspar Mathias, vecino de la Concepción. Pedro de Santiago, veci. de San Inés. Francisco Symon. Veci. de Santo Toribio. Miguel Damian, veci. de Santo Toribio. Felipe Hernández. Veci. de Sta. Ana. Pedro Raquera. Veci. de la Concepción. Miguel García. Veci. de Santo Toribio. Miguel Motolímia, Veci. de Santa Inés.”

PARA ESTUDIAR la Medicina del siglo XVI en México, siglo de la trasculcuración mexicana-europea, es imprescindible acudir a Bernardino de Sahagún. Su obra que lo es también de sus discípulos, fuente de investigación no agotada aún, la llevó al cabo, como es bien sabido, en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatluelco. Fue bastísima. No nos toca hablar de ella sino en el campo médico, pero sin olvidar que este aspecto no puede ser entendido a menos que se considere el ambiente histórico, social, científico y aun místico en que floreció en el famoso Colegio.

Conviene, por lo tanto, mencionar sus antecedentes históricos:

Por el año de 1525, tan pronto como estuvo edificado el convento de San Francisco, en la recién levantada ciudad de México-Tenoxtitlán, Fray Pedro de Gante estableció dos grandes instituciones para los indios. Ambas fueron fecundadas: un hospital y una escuela.

Ayudado por Fray Jacobo de Testera, en sitios adecuados de la grande y nueva casa, varios cientos de niños indígenas recibían la enseñanza de las primeras letras, de escritura, de canto y de doctrina cristiana, así como de oficios

* Trabajo de Sección (Historia de la Medicina), leído en la sesión ordinaria del 24 de julio de 1963.

y artesanías. Refiere Mendieta que "Comenzaron (los niños indios) a escribir en su lengua y entenderse y tratarse en cartas como nosotros... y después se fueron haciendo grandes escribanos de todas letras, chicas y grandes, quebradas o góticas".

Bien pronto se comprendió la necesidad de una escuela de estudios superiores, pues los alumnos daban muestras de gran interés y aprovechamiento.

Se debatían entonces ideas de dramático interés para el porvenir de América. Por una parte quienes justificaban la conquista por las grandes ventajas económicas que traían, sostenían la necesidad de someter a una esclavitud degradante a los nativos, a quienes se les calificaba bárbaros e incapaces de redención.

En el otro campo se afirmaba que no podía ser justificable la conquista, a menos que a los indios, pacíficamente, se les convirtiera al cristianismo, se cultivaran sus cualidades en sentido cristiano, para lo cual era necesario que viviesen con dignidad y fueran tratados con dignidad. Quienes pensaban en esta forma, estaban dispuestos a una acción práctica: en Michoacán, don Vasco de Quiroga, y en México, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que había sido Presidente de la Segunda Audiencia; el Obispo, don Juan de Zumárraga, y el Virrey, don Antonio de Mendoza. Los franciscanos tenían un convento (el primero que habitaron) en Santiago Tlaltelolco. Se pensó en establecer junto a ese convento, el nuevo centro de educación.

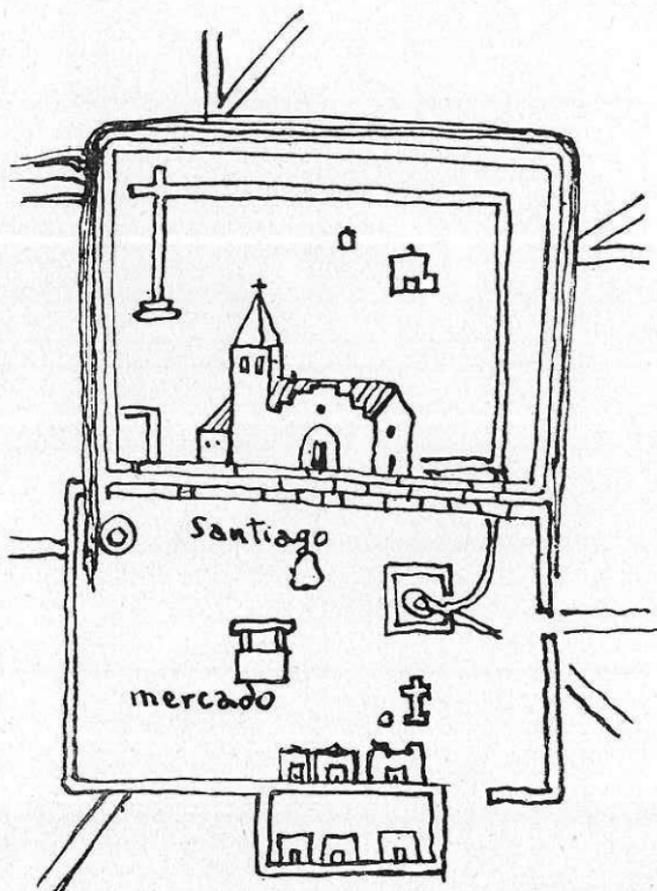
Tlaltelolco había sido una pequeña ciudad independiente levantada sobre una isleta, que como redondo montículo emergía de las aguas del lago, entre la capital Azteca y la Sierra de Tepeyac. La habitaban comerciantes y alfareros que iban hasta lejanas tierras a ofrecer los productos de su bella artesanía. Adquirían en cambio artículos que después vendían en su inmensa plaza.

Un día el imprudente rey Moquihui provocó la ira de sus poderosos vecinos los mexica. Los aztecas vencieron y sojuzgaron a los tlaltelcas y convirtieron a la ciudad vencida en suburbio de Tenoxtitlán.

Cuando llegó Hernán Cortés, encontró en Tlaltelolco un altísimo templo dedicado a Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, levantado enfrente de una inmensa plaza que contenía concurrido mercado o *tianguis*. Bernal Díaz del Castillo cuenta que hubo soldados que decían haber estado en Roma, en toda Italia y en Constantinopla y "que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño, y tan llena de gente, no la habían visto... tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí habían sonaba más de una legua".

Dos años más tarde, Tlaltelolco fue el último reducto del esforzado Cuauhtémoc. Sobre el templo de Huichilobos, el dios de la guerra, se levantó la iglesia en honor de Santiago el protector de los soldados cristianos.

Hernán Cortés confió el gobierno del extenso y entonces pobladísimo barrio



La iglesia y Plaza de Tlaltelolco según el Plano llamado de Alonso de Santa Cruz.



Fray Bernardino de Sahagún.



Escudo de armas de Mendoza, Austria, Moctezuma, Señores de Tlaltelolco y Axacuba. (Tomado de Fernández de Recas).



Una lámina del Códice Florentino (Sahagún).



Médico y enfermo en Tlatelolco. (Según el Códice Sahagún).

a un indio de noble linaje. Se llamaba Temilio, apellido náhuatl, al que se antepuso el nombre cristiano Don Pedro.

Muchos pueblos y barrios habitados por los indios quedaron durante el virreinato como grupos relativamente autónomos, designados con el nombre de repúblicas o parcialidades. Por extraña coincidencia, la organización de los señoríos feudales de España y la de los pueblos mexica, unían aspectos semejantes. El señorío de la parcialidad de Santiago Taltelolco fue en el siglo XVI, acaso el más notable. Estaba dividida en barrios, cuyos nombres en parte subsisten: Santa Cruz, Tepantitlán, Concepción Tequipehuaca, San Juan Atlampa, San Francisco Tepito, Tlatilco, San Simón, Santa Ana, etc., densamente poblados entonces, mandados por sus respectivos *tlaotoni*, quienes eran a su vez tributarios del *tecutlis*, señor principal.

Los señores de Santiago Tlaltelolco cumplían con honesta dignidad su cargo de gobernantes. Entre ellos destacaba Don Diego Huitznahuacatliloca, el Gobernador de Santiago los días en que se inauguró el Colegio de la Santa Cruz.

Carlos V le confirió a don Diego y a sus sucesores el señorío, como descendiente de Tezozomocin, rey de Atzacapotzalco, de Cuacuapitzáhuac, nieto de aquél, rey de Tlaltelolco durante la gentilidad de don Fernando Cuauhtemotzín, undécimo y último rey de México, y doña María hija de Moctezuma el grande. Don Diego tomó parte como aliado de los españoles en la conquista de Jalisco y Zacatecas. Por cierto que acudió a Carlos V en demanda de justicia contra Fernando Cortés Monroy (sic) por que éste, faltando a su palabra y a su deber de cristiano había ordenado ahorcar sin motivo al rey Cuauhtemotzín, el padre del mismo Don Diego.

El emperador Carlos V, no se contentó con reconocer los derechos de Don Diego y sus descendientes al cacicazgo de Tlaltelolco, Axacuba y Tepetongo; les confirmó el privilegio de usar espada, lanza, daga y vestidos según uso y costumbre de la nobleza española, de usar, como apellidos Mendoza, Austria, Moctezuma y de ostentar un escudo de armas nobiliario.

Las circunstancias que hemos señalado, pueden parecer superfluas, pero ilustran mucho acerca de las condiciones sociales de los indios de Santiago Tlaltelolco y explican además las razones que hubo para establecer en este sitio el Imperial Colegio Santa Cruz.

La mañana del 6 de enero de 1536, día en que se celebraba la Epifanía, se reunieron en el convento grande de San Francisco, el Virrey don Antonio de Mendoza y los Obispos don Juan de Zumárraga de México y don Sebastián Ramírez de Fuenleal de Santo Domingo.

Acompañados de los franciscanos y de "toda la ciudad" se dirigieron en solemne procesión a Santiago, donde en presencia de los futuros alumnos (sesenta jóvenes indígenas), se inauguró el famoso Colegio.

La figura primordial en el Colegio es Fray Bernardino de Sahagún.

Este buen franciscano nació hacia el año 1499 en el seno de una familia de judíos conversos.

Vino a la Nueva España en 1529 en compañía de otros misioneros que traía Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los doce primeros que llegaron a México, y de varios indios nobles deudos de Moctezuma, que habían ido a España llevados por Hernán Cortés. Es de creerse que durante la travesía, iniciara Fray Bernardino de Sahagún su aprendizaje en la lengua mexicana, la que había de poseer con tanta perfección.

Son ignorados los primeros años de su vida en nuestro país, pero se sabe que estuvo en Tlalmanalco, situado en las estribaciones de la Sierra Nevada.

Para combatir un temor idolátrico de los indios, subió al Popocatepetl y al Ixtacihuatl, considerados por los mismos indígenas como inaccesibles.

Donde había de hacerse famoso y dejar un inapreciable legado a los siglos posteriores, fue en Santiago Taltelolco, en el Colegio de Santa Cruz, del que fue catedrático de latinidad.

Se iniciaba en el colegio a los hijos de los indios reciénconquistados, en la lectura, escritura, latín, retórica, filosofía y *medicina*. Además, se enseñaban diversas artes y oficios; carpintería, dibujo, albañilería y posteriormente el arte tipográfico, música y canto.

Sahagún, con criterio semejante al de los antropólogos y etnólogos modernos, pretendió estudiar a los indios de acuerdo con las informaciones de sus discípulos y neófitos, desde todos los puntos posibles, integralmente: su historia, religión, artes bellas y aplicadas, calendarios, instituciones, medicina, etc.

Las producciones escritas en castellano, en mexicano y las dibujadas, bajo la dirección de Sahagún, están repartidas en distintas bibliotecas. La del Real Palacio y la de la Real Academia de Historia, de Madrid, constituyen el "Códice Matritense". Los dibujos se encuentran en Florencia (Código Florentino). Estos códices fueron publicados en elegante edición facsimilar por el Gobierno mexicano en 1903, bajo la dirección del Dr. Francisco del Paso y Troncoso.

La parte escrita en castellano sirvió para redactar la "Historia de las cosas de la Nueva España". Las ediciones modernas son muy conocidas y de ellas no hacemos ningún comentario. Sin embargo, no está agotado su estudio ni se ha hecho, según entiendo, una investigación completa y exhaustiva desde el punto de vista médico.

Claro está que los capítulos que para el médico más llaman la atención están comprendidos en el libro décimo: "de los vicios y virtudes de esta gente india; y de los miembros de todo el cuerpo, interiores y exteriores; y de las enfermedades y medicinas contrarias...".

El interesante capítulo acerca de la anatomía humana no fue traducido al castellano. Se puede consultar en la edición facsimilar de la dirección de Paso

y Troncoso. El doctor Martín del Campo ha publicado interesante opúsculo, pero la traducción completa está por hacerse.

Este libro décimo es indispensable y fundamental para conocer la historia de la medicina indígena; no obstante, se puede afirmar de modo categórico que ni contiene toda la medicina indígena, ni todo lo contenido en su texto es puramente indígena.

La medicina de los aztecas tenía un fundamento observacional que es, en ocasiones, admirable, pero el criterio acerca de las causas de la enfermedad era muy complejo. Podía deberse la enfermedad a castigo de los dioses; ser efecto de numerosos factores cosmogónicos que a su vez tenían cualidades mágicas (días, meses y años aciagos) y a la influencia de otro (el hechizo, el nahualismo). Eso significa, simplemente, que la terapéutica no era exclusivamente lo que hoy constituye la farmacología, sino que se aprovechaban también recursos profundamente emocionales.

Incluso las plantas cuya acción ha comprobado la farmacología moderna no actuaban sin previas maniobras mágicas del médico. Por lo tanto, quien desee estar informado de la medicina al origen debe estudiar toda la obra de Sahagún: dioses, ritos, calendarios, etc., y no atenerse exclusivamente a consultar lo que escribió acerca de las virtudes curativas de las plantas; en cuanto al médico, dice Sahagún que "suele curar y remediar las enfermedades; el buen médico es entendido, buen conocedor de las propiedades de las yerbas, piedras, árboles y raíces experimentando en las curas, el cual también tiene por oficio saber concertar los huesos, purgar, sangrar, sajar al enfermo, dar puntos y al fin librar de las puertas de la muerte. El mal médico es burlador, y por ser inhábil, en lugar de sanar empeora a los enfermos con el brebaje que les da, y aun a veces usa hechicerías y supersticiones, para dar a entender que hace buenas curas".

"La médica es buena conocedora de las propiedades de las yerbas y raíces, árboles y piedras, y en conocerla tiene mucha experiencia, no ignorando muchos secretos de la medicina. La que es buena médica sabe bien curar a los enfermos y por el beneficio que les hace, casi los vuelve de muerte a vida, haciéndoles mejorar o convalecer, con las curas que hace. Sabe sangrar, dar la purga, echar melecina, untar el cuerpo, ablandar palpando lo que parece duro en alguna parte de él, concertar los huesos, sajar y curar bien las llagas, la gota, el mal de los ojos, y cortar la carnaza de ellos. La que es mala médica usa de la hechicería, es supersticiosa en su oficio, tiene pacto con el demonio y sabe dar bebedizos con que mata a los hombres, y por no saber bien las curas, en lugar de sanar enferma empeora y aun pone en peligro la vida de los enfermos, y al cabo los mata, y así engaña a las gentes con su hechicería, soplando a los enfermos, atando y desatando sutilmente los cordones, mirando en el agua, echando los granos gordos del maíz, que suele usar en su superstición; diciendo que por ello suele conocer las enfermedades y las atiende. Para usar bien su superstición da a entender que

de los dientes sacan gusanos y de las otras partes del cuerpo, papel, pedernal, navaja de la tierra; sacando todo lo cual dice que sana a los enfermos, siendo falsedad y superstición notoria.”

Para el pensamiento cristiano de Sahagún, el buen médico era el que curaba con plantas medicinales, el malo el que curaba con “idolatría”. Las deidades invocadas para producir y curar la enfermedad parecerán demonios.

Muchas páginas se dedican a las plantas y animales. La materia médica es casi, en su totalidad, indígena; pero la exposición que Sahagún hace de ella tiene clara influencia hipocrática y galénica, especialmente de Plinio. Eran indígenas los dibujantes, pero ya estaban iniciados en la ciencia de origen greco-latino.

Plinio, a semejanza de Galeno, tenía un concepto finalista. Todo lo que existe en la naturaleza ha sido creado para servir en algo. No existe planta, animal o mineral que no pueda ser utilizada. El mismo Plinio había viajado mucho, y en sus viajes había escuchado narraciones fantásticas, las que consignó en su historia natural.

Durante el Renacimiento, Plinio volvió a ser muy leído. La lectura de los escritos de Sahagún, así como los del manuscrito Badiano, que tan brillantemente ha comentado Somolinos, no dejan lugar a duda de que el cronista franciscano y sus discípulos habían leído al escritor latino.

Debemos decir de paso que Sahagún no estuvo en Tlaltelolco durante un período de varios años, durante el cual se escribió el famoso *Libellus*, de Martín de la Cruz, traducido por Juan Badiano. Es la auténtica y sencilla explicación de por qué Sahagún no mencionaba al interesante manuscrito.

De edad muy avanzada, a los 92 años, murió Sahagún, después de una vida, la mayor parte en Tlaltelolco, dedicada al estudio y la caridad.

Gerónimo de Mendieta describió el relato que, por su sencillez, no resisto la tentación de copiar: “A manera de su muerte fue, que dándole la enfermedad del catarro que el año de mil quinientos y noventa corrió generalmente, temiendo los sacerdotes mancebos que se les fuera de entre las manos, importunábanle en que se dejara llevar a la enfermería de México para ser curado, o a lo menos, ya que no quería curarse, enterrarse entre los santos viejos sus compañeros como él mismo lo deseaba, a lo cual él les respondía diciendo: «Callad bobillos, dejadme que no es llegada mi hora»; mas tanta priesa le dieron que por no serles pesado hubo de ir a la enfermería y dijo al enfermero: «Aquí me hacen venir estos bobillos de mis hermanos sin ser menester». El enfermero le regaló algunos días con lo que volvió a su convento de Tlaltelolco y al cabo de algunos días volvió a recaer y entonces dijo: «Ahora sí que es llegada mi hora»; y mandó traer ante sí a sus hijos los indios que criaba en el colegio, y despidiéndose de ellos fue llevado a México donde acabados de recibir devotamente los Santos Sacramentos en el Convento de San Francisco, murió y allí está enterrado.”

“Fray Bernardino de Sahagún”, comenta García Icazbalceta, de quien he

tomado los principales datos sobre este santo cronista, "por sus ejemplos, su celo evangélico, la pureza de sus costumbres, su humildad, pobreza y desinterés, su consagración entera al bien de los indios, sus grandes trabajos doctrinales lingüísticos e históricos de una de las figuras más venerables de nuestra Historia. Lustre de España que lo vio nacer y gloria de México, a quien dio la mayor y mejor parte de su vida, eterna debe ser su memoria y para nosotros siempre grata. Con razón lamenta su último biógrafo que Sahagún no tenga en México una estatua."

Tal es brevemente la historia de Fray Bernardino de Sahagún y de su Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlalteolco, cuna de la transculturación en México. La medicina que nos describe en sus inmortales obras sobrevive, no solamente en el curandero y el popular herbolario sino también en nuestros actuales laboratorios de investigación farmacológica.